



ES

## EL VIEJO TRUCO DE LA TECNO-UTOPIA

*Cualquier tecnología suficientemente avanzada es indistinguible de la magia.*

Arthur C. Clarke

Las relaciones entre tecnología, estructura económica y sistema sociocultural nunca han sido pacíficas. La pretendida neutralidad de la ciencia y la esperanza de progreso lineal, universal e inequívoco a partir de las innovaciones técnicas ha sido cuestionada desde múltiples perspectivas. Sin embargo, contra toda evidencia histórica, aún pervive una especie de mitología según la cual la expansión tecnológica, en desarrollo constante y sin mediar política alguna, puede resolver todo tipo de problemas como por arte de magia. Esta especie de tecno-utopía alienta discursos y acciones conservadoras que se abstraen de analizar los usos reales e impactos sociales de las tecnologías y de actuar en consecuencia. ¿Para qué organizarse, luchar o gestionar el futuro si la inteligencia artificial promete respuestas cada vez más eficientes? Y, sobre todo, ¿por qué cuestionar la falacia de esa promesa si todo el entramado del actual sistema económico se sostiene sobre el mito del progreso digital?

La influencia de las tecnologías y el sistema mercantil de producción cultural basado en la mediación técnica han modificado el concepto tradicional de espacio y tiempo. Frente a la interacción comunicativa directa en la que los individuos comparten estas coordenadas, la tecnología aparece como núcleo vertebrador de una nueva idea de la persona desvinculada de la realidad física de su entorno. Desde las posturas más optimistas, el desarrollo de las redes sociales propicia la creación de un mundo en el que los campos de interacción se diversifican y pueden alcanzar una escala global a un ritmo acelerado. No obstante, si nos ceñimos a los datos, lo único cierto de esta afirmación es la velocidad con la que en los últimos veinte años se ha extendido el uso de Internet, al menos en una parte de la población. Las nuevas redes comunicativas tienen un alto grado de flexibilidad, de horizontalidad, de capacidad de interconexión y de proximidad entre sus miembros, pero no olvidemos que, según la Unión Internacional de Telecomunicaciones (UIT), la agencia tecnológica de Naciones Unidas, alrededor de un tercio de la población mundial permanece desconectado y sin acceso a internet. El 80 % de los usuarios de la red se sitúa entre el 20 % de las poblaciones más ricas del mundo, aspecto que nos sitúa muy lejos del objetivo de una conectividad «universal y significativa» en el horizonte 2030 que persigue esta instancia internacional.

La transformación de las condiciones comunicativas y la consolidación de las formas de actuación a distancia no han garantizado la igualdad de opciones en ningún ámbito. La esperanza de que la técnica contribuya a una verdadera democratización del saber y a una mayor participación se ve continuamente cuestionada ante las amenazas de la tecnocracia, la especialización excluyente y el discriminatorio acceso a los nuevos instrumentos tecnológicos. Todo ello, junto a las reglas que marcan la mercantilización de la comunicación, cuestiona la eficacia y posibilidad de una revolución cultural de base democrática que parta exclusivamente del desarrollo de las tecnologías y del acceso a las nuevas formas de interacción social.

Junto a las diferencias económicas, el desigual reparto del conocimiento actúa como sustrato de la desigualdad tecnológica al servicio de los valedores de una tecnoestructura elitista. Transformar estas condiciones asimétricas en la creación y uso de las nuevas tecnologías debe presuponer, entre otros aspectos, una educación ciudadana para la democratización legítima y generalizada de la cultura y esto no es posible sin una implicación de la ciudadanía en una tarea crítica y transformadora.

En este número de *kult-ur* se desvelan algunas de las trampas con las que el discurso tecnocéntrico se enmascara como neutral e incuestionable y se muestran vías de reflexión y actuación para enfrentar tales simplificaciones. Porque la tecnología no es un mero instrumento, sino también un modo de comprensión de la realidad que responde a una determinada relación entre los sistemas sociales y los mundos de la vida. Frente al capitalismo de plataformas y la dictadura de la digitalización, proponemos repensar las formas de acción colectiva. Seguramente, la mayor urgencia ante las actuales condiciones tecnológicas sea pasar de la comunicación *a través de la red* a la comunicación *en red*. Todo ello sin perder de vista que los nuevos modos de participación suponen redefinir los tradicionales espacios políticos donde otrora se materializaba el contrato social.

Cualquier ciudadano o ciudadana libre y consciente tiene que poder afrontar los retos que plantea la tecnología, sea a nivel individual o en lo que respecta a las dinámicas sociales y a la relación con el territorio. Esto supone ir mu-



cho más lejos de una mera alfabetización para el uso de la tecnología. Implica adquirir una triple capacitación, tanto para la comunicación humana, como para la autocomprensión como especie y la participación política. Las posibilidades de acción cívica son inmensas y no solo en lo que respecta a la creación de herramientas intelectuales para comprender las estructuras que dan cobertura a nuestra red de interacciones. También está en juego la localización de mecanismos opresores que lastran cualquier proceso de democratización real. La misma tecnología puede ser una aliada en esta tarea, pero siempre que se aborde de forma consciente y crítica, sin falsas ilusiones ni trucos de magia.